

cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo; y vente ahora tras mí, poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela; quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo." Á lo que Sancho respondió: "Harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco.—Engañaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo;" y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pié y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte: y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos, que quién les habia traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos, y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo: "¡Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada! pues á buena fe que há ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño?—No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.—Tambien la hallé yo, respondió el cabrero; mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya sin saber cómo ni cómo no.—Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.—Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote, ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas?—Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que, habrá al pié de seis meses poco mas á menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo

cojin y maleta que decís que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijimosle que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entráis media legua mas adentro, quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra; y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino, á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del ható, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos, algunos cabreros le anduvimos á buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él: pedímosle tambien que, cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le halláramos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento; pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto la vez primera, y cuál le veíamos entonces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortes y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad; y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse; clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque, por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo, sin mover pestaña gran rato, y otras veces